

## NECROLÓGICA SOBRE DON MANUEL NIETO CUMPLIDO

Mercedes Mayo González

Académica Correspondiente

---

Tuve la gran suerte de conocer a D. Manuel Nieto Cumplido de forma más personal y cercana (evidentemente le conocía ya por su relevancia intelectual en Córdoba) a través de mi querido amigo y compañero del Ayuntamiento de Córdoba Fernando Martos Navarro, que falleció de forma repentina y muy temprana en enero de 2016, lo que me consta causó gran dolor a D. Manuel, aunque no fuera hombre de sentimentalismos, influido por la formación que recibió de los jesuitas, presidida por la razón, el esfuerzo, el control del sentimiento y la responsabilidad.

Precisamente Fernando fue quien me incorporó a sus encuentros y tertulias con D. Manuel y otros amigos muy cercanos, como Guillermo Vizcaíno, Mariano Rico... Y es que, como pude constatar, a D. Manuel le gustaban particularmente las tertulias y compartir todo su vasto conocimiento, por no decir muchas de las vicisitudes de personajes ilustres de la sociedad cordobesa, con quienes consideraba amigos, porque D. Manuel era muy amigo de sus amigos.

Famosas fueron, por lo que pude saber y me contó, las tertulias del Si-roco junto a la tienda de fotografía y galería de arte de Pepe Jiménez, con éste, el poeta Juan Bernier, su gran amigo, el pintor Tomás Egea, a quien tanto admiraba, Carmelo Casaño y todo un variopinto abanico de personajes de la vida cordobesa de aquel entonces.

Tertulias, por cierto, como a él le gustaba recalcar, sumamente abiertas a gente de todos los partidos, destacando su carácter absolutamente democrático.

A las que sucedieron otras tertulias, como de la *Corduba Nostra* o la de Tomás Moro, de las que yo tenía puntual conocimiento y de sus intensos debates que se traducían a veces en duros artículos en prensa, a través de Fernando, que ejercía de secretario, al estar vedada en aquel entonces la participación en las mismas de las mujeres.

Me di cuenta pronto que D. Manuel no era un hombre de medias tintas, como no lo era mi querido amigo Fernando, y que, por tal razón, algunos le tenían por hombre difícil, inaccesible o incluso intransigente, adjetivos en absoluto justificados, hasta donde yo misma pude comprobar en mi relación con él, en la que siempre me mostró su mejor cara.

Y es que D. Manuel exigía sinceridad en el trato, responsabilidad y seriedad en los compromisos adquiridos y ausencia total de subterfugios que él veía venir a distancia. Era exigente en dicho sentido y de ahí que algunas personas de esta ciudad no le tuvieran mucha simpatía, como también pude percibir en ocasiones, pues los comentarios a veces de D. Manuel eran finos y cortantes como la hoja de un cuchillo recién afilado. Para mí y sus amigos, en cambio, era un hombre cariñoso, atento, cercano y siempre disponible.

Si se le preguntaba por el conocimiento, D. Manuel siempre contestaba que nos debiera hacer mejores, recordando los valores que desarrolló el humanismo cristiano, convirtiéndose en cultura propia de Europa. Lo que no le impedía señalar que en Córdoba es mejor reconocer que uno no sabe demasiado porque el saber siempre suscitaba envidias, aunque considerara que hacía una obra pastoral, enseñando al que no sabía.

Tuve oportunidad de comprobar enseguida que D. Manuel era un sacerdote muy eclesástico, con un gran amor a la Iglesia y defensor a ultranza de la misma, incluso por encima de sus dogmas; y que, para él, el Obispo Fray Albino siempre fue su referente.

Estaba D. Manuel especialmente orgulloso de haber accedido al cargo de Canónigo archivero por oposición y ser canónigo, como decía, por el rito antiguo, desde 1972; nombramiento que, por ello, recibió del entonces Ministro de Cultura.

Trabajó de Canónigo archivero, que fue su gran pasión toda su vida y al que se dedicó en cuerpo y alma, con rigor y profundidad, sintiéndose sumamente orgulloso del mismo. Su lema para trabajar en el Archivo de la Mezquita Catedral, con el único acompañamiento de RNE en el tránsito, según pude saber, era una frase en italiano: *I cataloghi prima di tutto*. Por sus manos pasaron casi 60.000 documentos que estudió, catalogó y conservó con mimo.

Como también hizo con sumo esmero su magna obra de referencia sobre la Mezquita Catedral de Córdoba, publicada en 1999 en un gran volumen por la Obra Social y Cultural de la entonces Cajasur, libro absolutamente imprescindible para el conocimiento de este incomparable monumento universal.

Su gran reto en la vida, como a D. Manuel le gustaba destacar siempre, fue atender a la conservación del inmenso y rico patrimonio documental y bibliográfico de la Diócesis, como lo fue también ocuparse de la conservación del patrimonio arquitectónico (tanto cuando fue nombrado Delegado Provincial de Cultura por D. Manuel Clavero, como con posterioridad como miembro de una Comisión Mixta de la Junta de Andalucía y la Iglesia), poniendo en pie un plan de restauración de templos que no habían sido reformados desde la desamortización, lo que le permitió salvar, a través de una gran colaboración con la Junta de Andalucía, 119 edificios de la Iglesia que se encontraban muy deteriorados.

Y su gran afición fue el estudio del canto gregoriano, llegando a ser Director de la Scola Gregoriana Cordobensis.

Sin duda, el alma cultural de Córdoba ha perdido, cuando D. Manuel partió el año pasado al otro lado del camino, a un inmenso intelectual, una de las voces más autorizadas, prestigiosas y solventes sobre la historia de nuestra ciudad, bibliófilo único e investigador de raíz; y la Iglesia a un gran sacerdote. Un sacerdote, eso sí, atípico.



